

tino y brasileño y muchos exploradores atribuyen al Iguazú una altura de 65 ó 70 metros.

Ofrecé, además, la gran catarata argentina, el atractivo de mantenerse en su estado natural, rodeada de bosques, sin ver deshonrada su virginidad con instalaciones industriales.

En los abismos adonde van á estrellarse las ruidosas masas de agua, crecen, sudando cálida humedad,

palmeras, helechos y bambúes de proporciones gigantes. En medio de la gran cascada hay un islote, y sobre él un árbol aislado, al que llaman *el Misántropo*, el cual contempla años y años la caída de esta avalancha de espumas, envuelto en nubes de polvo de oro, formadas de agua y sol. Este árbol sirve de descanso á los pájaros audaces, que necesitan detenerse un momento en sus ramas al volar de un lado á otro de la amplia catarata.

CHACO

EL nombre de Chaco que lleva ahora este territorio comprendía hasta hace algunos años su actual superficie, la de Formosa y el extenso Chaco paraguayo. Geográficamente abarca la denominación de Chaco varios territorios de distinta nacionalidad, y la gente participa en general de la misma opinión, atribuyendo al Chaco sucesos que ocurren en Formosa ó el Paraguay y Bolivia.

El presidente Sarmiento estableció el primer gobierno que tuvo el territorio del Chaco, el cual comprendía entonces el Chaco actual, la gobernación de Formosa y el Chaco paraguayo. Al perderse este último, por una resolución arbitral que lo devolvió á la República paraguaya, llevóse á cabo la división administrativa que rige actualmente, quedando dividida la región chaqueña argentina en dos gobernaciones: la del Chaco y la de Formosa.

Tiene el territorio del Chaco una extensión de 125.000 kilómetros cuadrados, con sólo 22.000 habitantes. Como se ve, esta desproporción entre la tierra y el poblador hace de él casi un desierto, con enormes y ricas extensiones que esperan el esfuerzo del colono inmigrante.

No posee el territorio del Chaco ni una sola colina.

La vasta llanura, inclinada ligeramente hacia el río Paraná, está cubierta de bosques con sólo algunos claros, ocupados por aguas pantanosas, ó en los que se extienden prados naturales. Hay selvas de quebracho y otros árboles duros, y extensos palmares de esbelta vegetación.

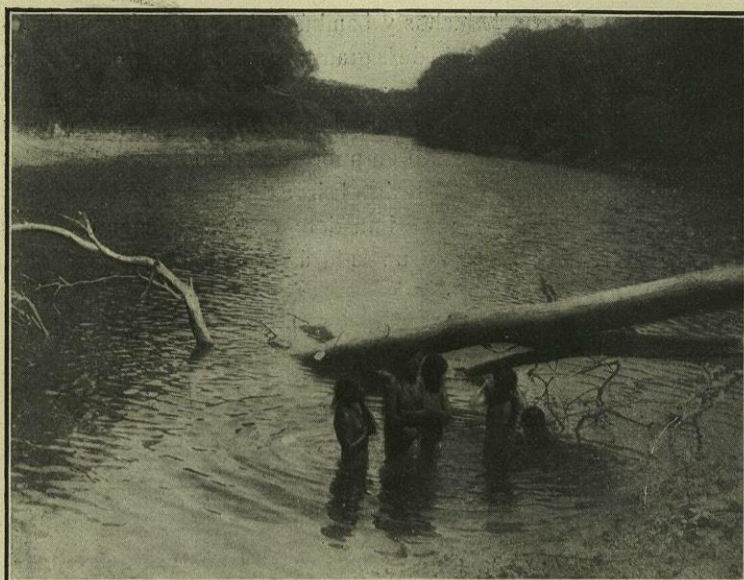
Las colonias del Chaco han ido avanzando en el suelo boscoso, y hoy representan unas 20.000 hectáreas cultivadas, extensión insignificante en tan enorme territorio. Producen caña de azúcar, algodón, hierba mate, café, tabaco, maíz y demás vegetales propios de un clima que es á la vez ardiente y lluvioso. El suelo ofrece una gran capa arable con las mejores condiciones de fertilidad. A pesar de la escasez de habitantes, su precio ha aumentado considerablemente.

El Paraná le sirve de vía de comunicación, teniendo sobre él su único puerto importante, que es el de Barranqueras. Las orillas del Paraná son anegadizas y están encharcadas hasta varios kilómetros tierra adentro. Algunos arroyos sin importancia atraviesan el territorio del Chaco; pero su corriente principal en el interior es el río Bermejo, que le sirve de límite con la vecina gobernación de Formosa.

Existen aún en el suelo chaqueño tribus de indios



UNA SELVA DEL CHACO



UNA VISTA DEL RÍO BERMEJO

tobas y mocovíes, que se dedican á la caza y á la pesca. En el territorio ocupado por los indígenas existen fortines guarnecidos por tropas nacionales, las que alguna vez tienen que castigar demasías de aquéllos. En los bosques se encuentran diferentes especies de quebracho, palo santo, palo amarillo y blanco, guayacán, pacará, algarrobo, chañar, mistol, vinal, etc. El Bermejo, con sus inundaciones periódicas, semejantes á las del Nilo, fecundiza el territorio, y allí donde llegan sus aguas se cultiva con abundantes resultados trigo, maíz, arroz, mandioca, caña de azúcar, algodón, tabaco y diversos frutales.

Los indios de la gobernación del Chaco bajan algunas veces á la ciudad de Resistencia, donde hay comerciantes que están en relaciones con ellos y conocen su idioma. Uno de los traficantes del Chaco más popular entre los indígenas y apreciado por ellos, es un joven catalán, al que tobas y mocovíes llaman familiarmente «Patrón Pepe». Cuando los indios no quieren bajar á Resistencia, los comerciantes van en su busca al interior, comprándoles pieles de tigre, gato montés, lobo, nutria y león, plumas de avestruz, que se recogen en cantidades considerables, por abundar mucho en las tierras habitadas por los indios, y miel y cera de abejas negras.

Al tigre se le encuentra con más frecuencia en este país que en ningún otro de la Argentina del Norte. Los constructores de ferrocarriles que han trabajado en los bosques chaqueños, guardan memoria de sus entrevistas con el señor de las selvas.

En Resistencia, ciudad improvisada y reciente, no se encuentran buenos medios de curación, y por esto algunos hombres á los que hiere el tigre son conducidos á la vecina Corrientes, que se halla en la margen opuesta del Paraná.

El doctor Pont ha curado en el hospital de Corrientes algunos peones que trabajaban en la selva chaqueña, abriendo la línea férrea que desde Resistencia conducirá á Metán, en la provincia de Salta.

Uno de estos peones trabajaba con otro compañero en el kilómetro 13 de la línea, ó sea en terreno que bien puede llamarse civilizado, por su cercanía á la capital del Chaco y la orilla del Paraná. En medio de su trabajo viéronse sorprendidos por la presencia de un tigre, que bramando saltó sobre ellos.

El compañero pudo subirse á un árbol; pero la fiera cortó la retirada al pobre peón, y derecha sobre las patas traseras, con la boca abierta enormemente, clavó en él sus zarpas. Instintivamente, ó por consejo de una serenidad asombrosa, el hombre hundiéndose en las fauces del animal todo el brazo derecho, llegando con el puño muy adentro de la garganta. La fiera intentaba morder, pero al mismo tiempo el obstáculo que comprimía su laringe le impedía respirar, ahogándola. Así lucharon un rato el

hombre y el animal, forcejeando confundidos en un solo grupo, hasta que el camarada subido en el árbol recobró la serenidad y descendió de él, clavando varias veces su facón en los costados del tigre, hasta que cayó muerto. El herido llegó á Corrientes con los pectorales y los biceps deshechos á zarpazos. Tardó mucho en curarse, pero se salvó, persistiendo en él cierto decaimiento de ánimo, producto de esta aventura emocionante, capaz de quebrantar la energía del hombre más valeroso.

Otro chaqueño, un cazador de afición, llamado Cabral, pasó hace poco tiempo á Corrientes para que el doctor Pont restaurase uno de sus labios, arrancado por un tigre. Afortunadamente, podía contar el tremendo peligro por que había pasado.

Un día de fiesta el chaqueño salió á cazar palomas en un bosque, lejos de su casa, acompañado de un perrillo faldero. Una de las palomas muertas por él cayó en una espesura inmediata. El perrillo se introdujo en los matorrales para buscarla, pero de pronto dió un aullido y salió escapado. El cazador no tuvo tiempo de darse cuenta de lo que ocurría. Un tigre estaba ante él, derecho sobre las patas traseras, rugiendo y avanzando las zarpas. Como tenía descargada la escopeta, discurrió el cazador ponerla por delante como un obstáculo, empuñándola á dos manos; pero el tigre, con sólo una zarpada, se la arrancó, enviándola lejos. El hombre sintióse herido en la cara y volteado, cayendo en el suelo con el felino encima. Los agudos dientes de la fiera estaban junto á sus ojos: sentía en el rostro la respiración ardorosa de la bestia carnívora: sus zarpas iban á despedazarle.

Fué uno de esos momentos de suprema angustia, que hacen encanecer de terror. Pero con gran sorpresa suya, el tigre le soltó de pronto, emprendiendo una carrera furiosa entre los matorrales y los arbustos, rugiendo colérico, con la vista baja como si buscara algo. El hombre aprovechó este inexplicable abandono para salir escapado, no parando hasta su casa. Mucho después, al ver llegar corriendo al faldero, se explicó el

suceso. Iba el tigre á devorarlo, cuando el faldero, arrepentido de la primera huída y viendo á su amo entre las patas del felino, se acercó á éste por detrás y le mordió donde pudo.

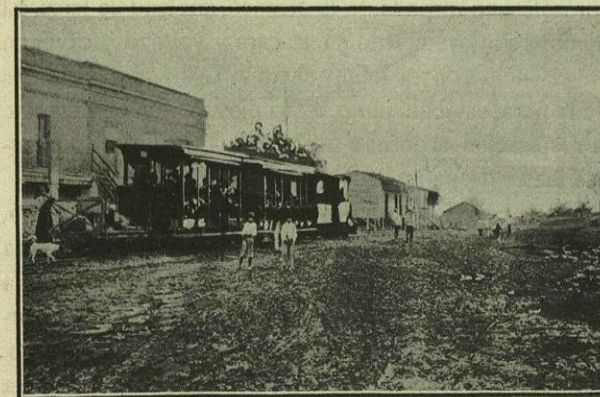
El inesperado mordisco irritó al tigre, que abandonó su presa para perseguir al diminuto animal entre los arbustos, dando tiempo al hombre para que huyese.

Llegó á la casa el faldero sin ninguna herida, pero murió cuatro días después, á consecuencia del susto sufrido. El hombre tenía el labio cortado de un uñazo, lo mismo que con un bisturí, y ofrecía otras heridas sin importancia. Afirmaba en el hospital de Corrientes que aquel día había nacido por segunda vez, perdiendo para siempre las ganas de cazar palomas en el Chaco. Durante algunas semanas la impresión le hizo tartamudear, pero más tarde volvió á su estado normal, porque el hombre posee, como remedio á las más terribles emociones, la buena condición del olvido.

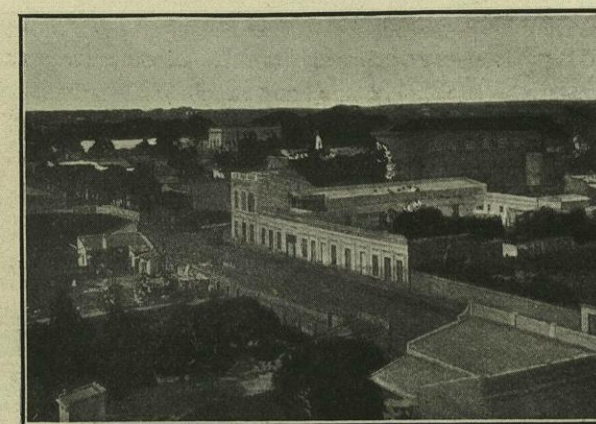
* *

Se habla del Chaco como de un país salvaje, donde el hombre civilizado sólo puede vivir con el revólver en la mano. Aun en la misma Buenos Aires hay gentes que al oír hablar de este territorio sólo se imaginan tremendas luchas con las fieras y nocturnas alertas para defenderse de los salvajes. Contribuye á tan falsa opinión un error geográfico general que, como ya dijimos, atribuye á la gobernación del Chaco lo que ocurre dentro del Chaco geográfico, á centenares de leguas de aquélla, en las orillas del Pilcomayo ó sobre tierras que pertenecen al Paraguay y Bolivia.

En la República Argentina hay que adoptar un justo medio en todo lo que se refiere á tribus salvajes y animales feroces, existentes todavía en sus territorios. Es ridícula y falsa la presunción del que, pasándose de listo, ríe incrédulo cuando le dicen que aun quedan salvajes y fieras en el suelo nacional. Como tales cosas no se ven jamás en la Avenida de Mayo, el escéptico parece convencido de que no pueden existir en la República. Y, sin embargo, las hay, pues la civilización argentina, en el espacio de unos cuarenta años, no puede haber alcanzado hasta los últimos límites del extenso suelo. Demasiado ha hecho en tan corto espacio de tiempo, realizando en pro de la civilización



BARRANQUERAS. TRANVÍA Á RESISTENCIA



VISTA DE RESISTENCIA

uno de los esfuerzos más extraordinarios que registra la historia de la humanidad.

Igualmente ridícula es la exageración de los que caen en el extremo contrario, afirmando que en el Chaco y otros territorios nacionales resulta imposible la vida del hombre moderno, viendo en todas partes tigres, boas enormes é indios traidores que esperan al blanco para asesinarle. Ciertamente que hay tigres en el Chaco; pero éstos son cada vez menos numerosos, y acabarán por extinguirse, así como los grandes reptiles. La soledad es la que mantiene á estos animales peligrosos.

Se trabaja activamente en estos momentos en la construcción de una línea férrea que atravesará todo el Chaco, de Este á Oeste, hasta la provincia de Salta. Cuando se termine dicho ferrocarril, que será en breve, numerosos pueblos crecerán junto á la vía, pues nada puebla un territorio como una línea férrea, y la presencia del hombre en poderosas agrupaciones alejará y borrará los restos del antiguo estado salvaje.

Lo mismo puede decirse del indio. Sus tribus son cada vez menos numerosas. Los que han logrado adaptarse á la vida de la civilización, sobreviven por medio del cruzamiento, y los que se mantienen uraños y aislados, decaen rápidamente. Los antiguos fortines de las riberas del Bermejo, que sirvieron hasta hace veinte años para contener las correrías de los indios, son hoy pequeños pueblos, en torno de los cuales va ensanchándose por medio del trabajo el círculo de la expansión civilizadora.

Yo era uno de los que consideraban al Chaco con un sentimiento de curiosidad, mezcla de inquietud é interés novelesco. Desde las costas de Corrientes contemplaba la orilla opuesta del río, intentando adivinar lo que ocultaba su línea oscura de bosque. ¿Qué habría detrás de ella? ... Veía tolдерías de salvajes en la misma ribera del Paraná; hombres blancos con altas botas, amplio sombrero y revólver al cinto, haciéndose obedecer de los indígenas á fuerza de tiros; pelotones de caballería argentina llevando casi la misma existencia que los conquistadores españoles entre naciones primitivas; cacerías de fieras, de las que salían los hombres destrozados, y un mundo de reptiles escapando con viscosa ondulación á cada golpe del hacha civilizadora que



UNA CALLE DE RESISTENCIA

abate los bosques para abrir paso al riel. Ni una casa moderna, ni una calle trazada: todo chozas de paja, donde los blancos vivían como en un campamento.

Con estas ideas pasé el río para desembarcar en Barranqueras, que es el puerto de Resistencia, capital del Chaco. ¡Oh, desilusión!... Empecé por enterarme de que lo que yo imaginaba tenebrosos bosques chaqueños eran algunas islas que ocultan la verdadera orilla del río, y que tras ellas está Barranqueras y su puerto, ni peores ni mejores que muchas poblaciones porteñas del Paraná y el Uruguay.

Desembarqué en un muelle junto al que estaban atracados algunos vapores, y vi casas amplias y bien construidas, y en una de ellas la bandera y el eterno escudo que revelan en todos los pueblos la presencia de la más argentina de las instituciones: la escuela.

Un poco más adelante encontré un tranvía de vapor. ¡Tranvías en el Chaco!... ¡Quién lo hubiese creído!... Y sentado en uno de sus vagones pasé entre hermosas chacras, de espléndida vegetación; y vi familias de colonos, iguales á las de las provincias, cultivando huertas; y Resistencia apareció en el término del camino con un aspecto de ciudad que se ensancha rápidamente y — lo que es raro en una población argentina — con varias torres sobre el caserío de techos bajos.

Las calles de Resistencia son amplias y con frondosa arboleda. Las plazas tienen jardines, y en los pisos bajos de los edificios hay tiendas que exhiben sus géneros en buenos escaparates.

Empezaba á caer la tarde y salían las familias á dar un paseo por las avenidas y jardines de la ciudad; otras iban en coche. Las señoras vestían con arreglo á las últimas modas, como si acabasen de llegar de Buenos Aires. Guiando ligeros carrujillos, de los que tiraba un caballo brioso, pasaban muchachas rubias con ojos azules, de arrogancia un tanto masculina, hijas de europeos, nacidas en el Chaco.

Un edificio grande de dos pisos era la Casa de Gobierno, donde saludé al gobernador, Don Gregorio López, bizarro coronel de las primeras horas de la ocupación chaqueña, que cabalgó mucho en la frontera, manejando el sable contra los indígenas rebeldes. Otros edificios eran cafés, *restaurants*, tiendas de comercio,

y hasta vi el escaparate de un fotógrafo. ¿Dónde estaban los indios?...

Encontré una librería, y al entrar en ella para adquirir algunas tarjetas postales de Resistencia, vi libros míos y un retrato, que era á modo de un documento de actualidad. Me reconoció inmediatamente el librero con rápida ojeada de la fotografía al original. Era un tipógrafo italiano, y mostró empeño en hacerme pasar á la trastienda para enseñarme dos pequeñas máquinas de imprimir, las primeras que habían entrado en el Chaco. Luego el librero-impresor me hizo ver sus obras con infantil satisfacción; tarjetas de todas clases, *menus* de banquetes, anuncios para los comercios de Resistencia. Hasta había impreso libros: pequeños volúmenes de la Sociedad de Beneficencia y reglamentos para los comandantes de los fortines del Chaco. Estos pueblos de reciente formación, con sus industrias acabadas de nacer, ofrecen grandes sorpresas. El impresor del Chaco usaba de adelantos mecánicos y novedades de impresión que todavía no se han generalizado en los establecimientos tipográficos de muchas ciudades grandes.

Al cerrar la noche comí en el *restaurant* de una gran confitería. Los dueños eran franceses. Detrás del mostrador erguía majestuosa la directora del establecimiento, teniendo á su lado una máquina distribuidora de moneda, como en las grandes tiendas de las capitales. Las criadas, francesas también, servían las mesas con vestido negro y albos mandiles, lo mismo que las camareras de los *Duval*, de París. Un piano eléctrico dejaba oír alegres sonatas cada vez que algún parroquiano arrojaba una moneda en su interior.

La comida era exquisita: una comida de *restaurant* francés de provincias que hacía olvidar que más allá de la puerta estaban las calles de la capital del Chaco, alumbradas por la luz macilenta de los primeros faroles.

Iban llegando los parroquianos; jóvenes ingenieros y contra maestros de diversas nacionalidades europeas, que trabajan en las obras del ferrocarril ó las explotaciones del quebracho, viviendo solos en este país, al que han venido en busca de fortuna, y haciendo sus comidas todos los días en el *restaurant*. En la parte de la confitería iban sentándose á las mesas hombres de



RESISTENCIA, CASA DEL GOBERNADOR



MÁQUINAS AGRÍCOLAS EN EL CHACO

aspecto más rudo, con amplios fieltros, botas altas y poncho. Algunos se apeaban de sus caballos y cochecillos ante la puerta. Las suelas dejaban, al entrar en el café, pellas de barro blanzuzco de los campos.

El aspecto de estos hombres era lo único que recordaba al Chaco, país que no ha salido aun de los primeros albores de la civilización.

Me fijé de pronto en un friso de letras doradas que adornaba el comedor. Eran nombres famosos; nombres de genios que la admiración artística del dueño del establecimiento había colocado en un sitio de honor: Lúculo, Grimod de la Reinière, Brillant-Savarin, Bechamel, Vatel, Carême y otros... ¡Los grandes artistas de la cocina europea brillando con letras de oro en el *restaurant* de un territorio que muchos tienen por salvaje!...

¡Los genios de la civilización por el estómago expuestos á la pública adoración en un país donde todavía existen fieras que devoran á los hombres, sin preocuparse de su condimento!... Sólo en la Argentina pueden encontrarse estas sorpresas.

* *

Aparte de Resistencia y su puerto de Barranqueras, no existe en el Chaco ninguna otra población que merezca este título. Son colonias más ó menos importantes que llevan el nombre de sus fundadores ó de personajes políticos.

Además, en torno de los antiguos fortines de Madero, Irigoyen, General Roca, Wilde y otros, se han constituido centros de población.

Todos estos grupos pobladores trabajan la tierra, produciendo maní, tártago, tabaco, caña de azúcar y maíz para la exportación, así como mandioca y patatas que consumen ellos mismos. Los principales artículos de exportación que dan vida á la ciudad de Resistencia y su puerto, son el azúcar y el quebracho.

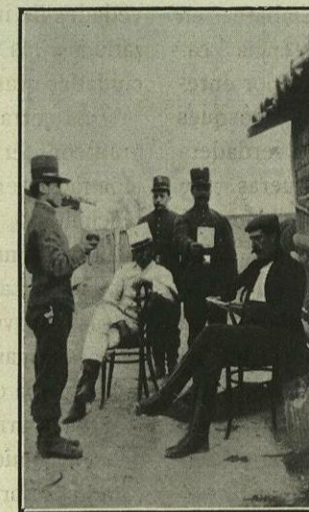
Existen en el Chaco algunos ingenios importantes, de los cuales dos son notables por su capacidad produc-

tora. La industria del azúcar resulta muy remunerativa en el Chaco. El suelo fértil produce la caña en abundancia y la mano de obra es barata, pues los indios y mestizos trabajan en su corta y elaboración por jornales exigüos. Además, el Paraná ofrece un medio de comunicación económico, ya que los transportes fluviales son siempre de menos coste que los ferroviarios. Por esto en los ingenios del Chaco puede fabricarse y exportarse el azúcar á menos precio que en los de Tucumán y Jujuy, que dependen del ferrocarril. Hay también fábricas de aceite, que extraen este artículo de la semilla de tártago y del maní.

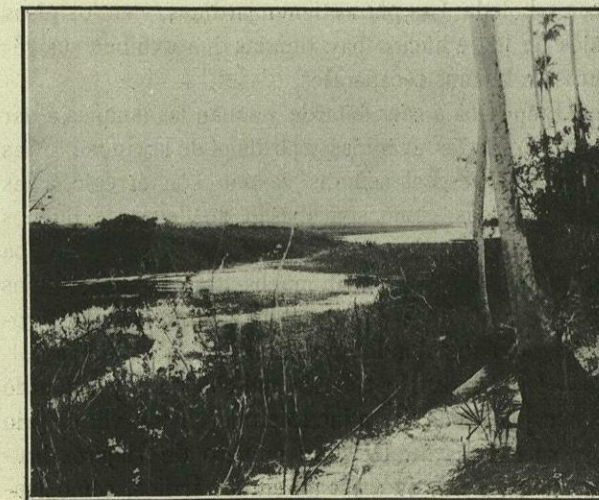
Pero la gran explotación del Chaco ha sido y es la industria de la corta de árboles, que al principio se realizaba únicamente en las zonas inmediatas á los ríos para dar salida á las maderas, y ahora se extiende por todo el interior, abriendo las empresas pequeñas líneas férreas para su servicio.

Alguno de estos ferrocarriles particulares ofrece un aspecto original é interesante, pues está construido con la misma madera de los bosques chaqueños. El quebracho es casi tan duro y resistente como el hierro, y los constructores de tales líneas, que no pueden llamarse férreas, han suprimido el metal, siempre costoso, por ser de importación europea, tendiendo rieles de quebracho, sobre los cuales se deslizan las ruedas de las vagonetas, fuertes discos de la misma materia. Puede decirse que el Chaco es un país minero; pero sus minas no son de metal ni de piedra, sino de madera. Cada bosque es un filón, en el que se encuentran numerosas variedades de riqueza forestal.

El quebracho, que es en relación á las otras maderas lo que el oro entre los minerales, se presta á diversas explotaciones y ha sido origen de grandes fortunas. Continuamente se están construyendo ferrocarriles en la República Argentina y el Gobierno



UN COMISARIO DE POLICÍA DEL CHACO



UN BAÑADO DEL CHACO

exige que los durmientes ó traviesas sobre los que descansan los rieles sean de quebracho y no de acero.

Esta madera vigorosa de la selva argentina resulta superior en duración al metal. El tanino que guarda entre sus fibras es á modo de sangre vigorosa que le presta una existencia de siglos. Con el curso del tiempo se quebranta el acero, se oxida y muere, fraccionándose en frágiles láminas. El quebracho se hace con los años más duro y fuerte, sin perder su vigorosa elasticidad. Se han extraído del fondo de lagunas y ríos troncos de quebracho que llevaban en el agua dos ó tres siglos, sin que se notase en ellos la más leve señal de putrefacción. La humedad no ejerce ninguna influencia en sus fibras, saturadas de líquido astringente.

Se explota también, como ya dijimos, esta valiosa madera para la fabricación

del extracto de tanino, y en todas las estancias ricas y campos bien cuidados de la República prefieren los dueños emplear en sus alambrados los postes de quebracho, por ser de incalculable duración.

Cuando se le usa como combustible iguala el quebracho, según dicen, á muchos carbones de piedra. El número de calorías que desarrolla sólo es inferior al de la hulla de Cardiff.

La costa del Chaco es abordable, lo mismo para vapores que para buques de vela. Embarcaciones de regular calado pueden atracar á sus riberas. Por esto abundan en el litoral chaqueño los puertos especiales. Todas las colonias ribereñas, así como los *obrajes* de quebracho y los ingenios de azúcar, tienen su puerto. Les basta construir un corto muelle de maderos, que desde lo alto de la barranca avanza algunos metros en el río, y el buque atraca á él, aun en las aguas bajas.

La principal vía del comercio chaqueño es el Paraná; pero cuenta también con un camino terrestre de im-

portancia: el ferrocarril de Resistencia á Rosario. Este ferrocarril lo utilizan los exportadores de quebracho enviando maderas á las provincias del interior. Pasan largos trenes de mercancías, compuestos de plataformas rodantes, en las que se apilan, con la regularidad de un edificio, los troncos de quebracho pelado, todos del mismo tamaño y sostenidos por otras maderas iguales, que forman á modo de una baranda.

El quebracho es un palo que sangra. Mondo de corteza, muestra su duro tejido con estrías rojas y amarillas, lo que da á los montones de troncos cierta semejanza con un cargamento de carnes desolladas.

* * *

En los confines del Chaco con la provincia de Santa Fé, se oscurece el sol algunas veces en días claros y de cielo límpido. Asoma en

el horizonte una humareda rojiza, que al avanzar va ensanchándose, hasta que de pronto oscurece el suelo bajo su sombra. Miles de millones de insectos pasan y repasan, como chispas volantes de reflejos metálicos.

Es una manga de langosta, que aterra al pobre campesino como la más horrible de las calamidades. Las mujeres gritan de desesperación, hundiéndose trágicamente sus manos en la suelta cabellera; los hombres callan y bajan la cabeza con resignado fatalismo, reconociendo su impotencia; los chicuelos dan aullidos, golpean latas é intentan espantar con un estrépito ensordecedor á estos abejorros de la muerte.

Todo inútil. Si la manga pasa, respira el agricultor, como el que considera que acaba de nacer luego de un peligro capital. Si se posa en los campos esta inundación rechinante, por el continuo frotamiento de sus alas, la tierra queda limpia de verdor, las ramas desnudas de hojas, y hasta los árboles pierden á jirones la túnica de su corteza.



FIESTA EN UNA ISLA DEL CHACO (Río Paraná).

FORMOSA

ESTE territorio es el más salvaje de la Argentina; el único donde un caminante audaz, al avanzar por su suelo, todavía mal conocido, y con amplios espacios de tierra inexplorada, puede ver en peligro su existencia. Un gran número de viajeros han muerto en Formosa á manos de los indios, como héroes soldados de la ciencia.

La única parte bien estudiada de esta gobernación

es la que linda con el río Paraguay y tiene enfrente las costas de la República paraguaya. La línea del Bermejo, que le aísla de la gobernación del Chaco, también ha sido objeto de exploraciones afortunadas; pero la del Norte, ó sea la del río Pilcomayo, que separa á Formosa del Chaco paraguayo y boliviano, es el lugar donde han fracasado más expediciones, con resultados trágicos.

Muchos viajeros se han sentido atraídos por el

misterio del río Pilcomayo, queriendo navegarle en toda su extensión, pero ninguno lo consiguió hasta el presente, ni se ha podido fijar de un modo exacto la hidrografía de esta línea fluvial.

Es Formosa, como la gobernación del Chaco, una gran llanura, ligeramente inclinada y cubierta de bosques. Los desbordes del río Pilcomayo forman grandes extensiones acuáticas, que han impedido el avance de los exploradores. Este territorio continúa siendo, en pleno siglo XX, el menos conocido de la Argentina. En el mapa nacional aparece como una mancha de terrenos inexplorados. Se conoce únicamente la costa que da sobre el río Paraguay con algunos kilómetros de tierra interior y una parte del curso del Pilcomayo. Más adentro todo es incierto, y sólo las relaciones de algún que otro explorador afortunado que logra volver, permiten formarse una idea aproximada del aspecto físico del país.

Hace dos siglos que se vienen realizando infructuosas y arriesgadas expediciones para recorrer todo el Pilcomayo, desde sus fuentes á la embocadura, ó en sentido inverso. En el siglo XVIII los jesuitas intentaron esta expedición, ansiosos de ligar sus misiones de Bolivia con las de Paraguay, descendiendo río abajo.

El Padre Patiño inició la empresa en 1721, navegando el Pilcomayo desde sus orígenes; pero tuvo que detenerse en el gran estero, que hoy lleva su nombre, donde la hostilidad de la naturaleza y el salvajismo de los habitantes oponen el principal obstáculo á los viajeros. Después de Patiño exploraron el Pilcomayo, Casales, en 1735, y el Padre Castañares, natural de Salta, en 1741. La exploración de Castañares fué la más detenida y útil, pues levantó planos de todos los parajes recorridos.

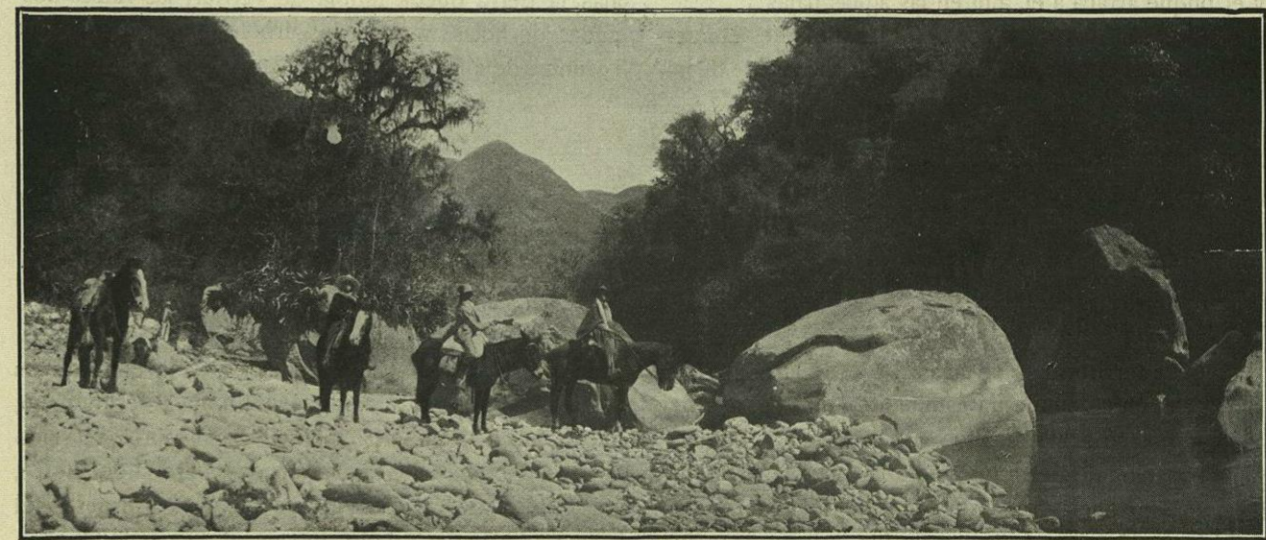
El Gobierno de Bolivia, muy interesado, naturalmente, en tener una salida al río de la Plata, siguiendo el curso del Pilcomayo, ha protegido diversas expediciones, que no consiguieron navegar todo el curso del río. El Estero Patiño y un sinnúmero de rápidos y saltos, impiden el tránsito. Tampoco es posible avanzar por tierra á causa de los numerosos bañados, mezcla de tierra y agua, que ocupan grandes extensiones y hacen imposible la marcha y la navegación. Sin embargo, todos los viajeros están acordes en afirmar que con el dragado de los canales que hoy existen y algunas obras complementarias, sería fácil hacer navegable el río. Día llegará en que la República Argentina emprenda dicha obra. Por ahora exigen urgentemente su atención trabajos más inmediatos, que benefician el centro del país. La navegación del Pilcomayo proporcionará seguramente nuevas riquezas á la Argentina, pero servirá mucho más á Bolivia y Paraguay.

Forma este río, en su parte media, un verdadero laberinto de canales y corrientes, en el que se pierden los exploradores. Por esto mismo, los tobas y mataguayos que habitan el país se han establecido en el centro del dédalo, comprendiendo que allí se hallan con mayor seguridad que en otro lugar del territorio. Esta parte del Pilcomayo es á modo de una trampa, y los exploradores que entran en ella difícilmente salen.

Viven los indios del Pilcomayo formando hordas errantes, que con facilidad trasladan sus tolderías de una orilla á otra en los esteros y riachos. Van casi desnudos, sin previsión ni aspiración alguna, y se alimentan con los productos naturales del bosque. Apenas conocen la agricultura y la ganadería, siendo la caza y la pesca sus únicas industrias vitales.



UN NIÑO ARISTÓCRATA DEL NOROESTE DE FORMOSA



PAISAJE DEL NOROESTE DE FORMOSA (Fotografía del explorador Montenegro).